

(Noticias inesperadas, y 4). Arquitectura parlante
(Unexpected News and 4). Talking Architecture

José Quetglas

Siempre he envidiado a quienes han conocido arquitectura parlante. Sé que los hay, porque leo a veces escritos donde el autor afirma, de una forma tan rotunda que no puede mentir: "Esto es lo que el edificio dice". Y a continuación, o previamente, cuenta lo que el edificio le ha dicho. A mí los edificios no me hablan. Será que les habré hecho algo, o que oigo mal, o qué sé yo, pero nunca he oído hablar a un edificio. Aunque también he notado que quienes escriben lo de "eso es lo que el edificio dice" suelen citar para contarle palabras sacadas de las memorias escritas por los autores del proyecto —dichas por personas, por tanto, no por edificios— o palabras que se inventan ellos mismos, interpretando al edificio. (Interpretando, también en el sentido del actor, que dice cuanto el personaje de la obra, tal la ninfa Eco, no puede decir).

Empiezo a sospechar que, con la arquitectura parlante, suele suceder lo mismo que con aquel teatrillo de marionetas, donde el pícaro decía cuanto allí ocurría —y, según él, ocurre mucho—, pero donde el teatrillo sigue siempre tan vacío a nuestra vista como al principio de la función. Bromas aparte: creo que entre una arquitectura y un semáforo hay una diferencia, y que en esa diferencia tiene su lugar propio el arte moderno. (Puede seguirse hasta el final la cita que parodio: también están quienes toman la arquitectura por un semáforo, y quienes a los semáforos por arquitectura). Los semáforos dicen algo, y están obligados a decirlo, sin interferencias ni ruidos —y sólo pueden hacerlo si se dirigen al espectador en un idioma que éste ya conoce, en un lenguaje establecido y asumido por ambas partes; la arquitectura no: la arquitectura, la obra de arte, no es una señal servicial, no dice nada, es muda. Muda de una mudez especial: porque es una mudez que nos obliga a nosotros a hablar, que nos impulsa a interpretar —en un lenguaje inesperado, del que ignorábamos nuestra propia capacidad para pronunciarlo—, un lenguaje que se inaugura en los impulsos de nuestra garganta, a cada pausa de nuestra escritura, con cada comprobación de nuestra percepción de la obra.

Toda obra de arte es una máquina de locuacidad, —de nuestra locuacidad, no suya. ¿Hemos perdido algo con eso? ¿Debemos lamentar los felices tiempos de Sixto V, de Luis XIV, de Solimán, cuando la arquitectura sí hablaba, es decir cuando, previa a la obra, fuera nuestro, estaba ya acordado un dispositivo ideológico —lo llamaban "belleza"— capaz de imponer al espectador el contenido de la obra?

Hay quien lo prefiere. Pero pensad que tampoco son las fuentes romanas, los parterres versallescos, los rascacielos de espejo deslumbrante quienes hablan, sino el Rey. En su mensaje lo que oímos, lo que nos llega es su voz petrificada: tampoco en ese caso habla el edificio.

Tenemos que escoger. O arquitectura parlante, que sólo puede hablar el lenguaje del dominio —porque todo lenguaje establecido, aprendido, vinculante, es el lenguaje del Rey, porque cada vez que creemos hablar nosotros, si lo hacemos en un idioma establecido, es lo establecido que habla a través nuestro—, o arquitectura muda, que nos incita al titubeo de unas primeras palabras, balbuceadas, que vamos apenas comprendiendo al ir las pronunciando —¿pero no es así todo cuanto llega a valer la pena en nuestra vida? Se trata de escoger entre el Rey y nosotros.

I have always envied those who have known talking architecture. I know there are people who have because I have read authors affirm so in such a resounding way that they could not be lying, "This is what the building says". And then they go on to tell what the building said. Buildings don't talk to me. Maybe it's because of something I did, or because I don't hear well, or...I don't know. But I've never heard a building talk. Although I have noted that those who write "that's what the building said" usually quote the words used by its designers. So the words came from people, and not buildings. Or else they themselves invent the words, interpreting the building. (Interpreting is, in this case, also in the sense of an actor, who says what the character, like the nymph Eco, cannot say.)

I'm beginning to suspect that the same thing may happen with talking architecture as with marionette theatres where the rogue tells everything that goes on there — and, according to him, a lot happens — but the theatre seems as empty to us as it does at the beginning of the show. All joking aside, I do believe that there is a difference between architecture and a traffic light. In that difference is where modern art comes in. (The quotation that I am parodying can be taken further: there are those who take architecture for traffic lights, and those who take traffic lights for architecture.). Traffic lights say something. They are obliged to, without any noise or interference. And they can only do it if they address the viewer in a language that he or she knows, an established language accepted by both parties. Architecture cannot. Architecture, the work of art, is not a servile signal. It doesn't say anything. It is dumb. But it's dumbness is special because it forces us to speak, to interpret, in an unexpected language we didn't even know we could speak, in a language that begins with impulses in our throats, each time we pause to write, each time we verify our perception of the work.

Any work of art is a loquacious machine. But the loquacity is our own.

Have we lost something with this? Should we long for the good old days of Sixtus V, Louis the XIV or Soliman, when architecture did speak, but spoke before the work was our own —its language was prearranged in an ideological device called "beauty", able to impose the work's content on the viewer?

Some people would prefer to. But think that neither the roman fountains, the parterres of Versailles or the dazzling mirrored skyscrapers speak. It's the King that does. It's his message that we hear, his petrified voice that reaches us. So the building isn't speaking to us then, either.

We have to choose. It's either talking architecture, which can only speak the language of the dominium, because any established, learnt, binding language is that of the King, because each time we think we speak we do so in an established language, and it's what is established that speaks through us, or it's dumb architecture, inciting us to stammer our first stuttered words which we barely understand as we say them. But isn't everything that's worth while in our lives that way? We have to choose between the King and ourselves.

José Quetglas es arquitecto y catedrático de Historia del Arte y de la Arquitectura en la Escuela de Arquitectura de Barcelona. Su artículo "Noticias inesperadas. 1 y 2", fue publicado en *Arquitectura*, 290.

José Quetglas is an architect and Professor of Art and Architecture History at the Barcelona School of Architecture. His article "Unexpected News. 1 and 2" was published in *Arquitectura*, 290. Translated by Christopher Emsden.